

CONTRA LAS REDES SOCIALES Y LAS FALSAS COMUNIDADES DEL CAPITAL

*

“La cultura dominante consta de una determinante básica: transformar absolutamente todo sin que cambie nada en esencia. Las cadenas televisivas y de todos los medios de comunicación saturan sus “contenidos” con ideologías varias afines al orden burgués, estilos de vida hedonistas o de apariencia progresista, civilizada, pequeñoburguesa... a la masa popular se la retrata festiva, chévere, soñadora, llena de fe religiosa. Los libros de autoayuda se venden por miles: recetas contra la depresión, la gordura, el amor y demás chucherías llenan las estanterías de las librerías. Literatura ocasional para un público ocasional: novelas de moda, literatura “consagrada”, Harry Potter, Crepúsculo, lo último sobre el narco o la chatarra politiquera del momento. La música es lo peor. El ruido es más bello que las alabanzas a la idiotez que se oyen por todos lados. Esta es nuestra cultura, aparte del adiestramiento escolar y las tontas idas a los museos de arte moderno, alternativo, arte urbano...el teatro, o los conciertos de música culta a las que a veces se asiste por puro esnobismo o casualidad. Las salas de cine se atascan de familias y adolescentes aburridos, necesitados de experiencias asombrosas, sin tener que moverse de su butaca acojinada. Los conciertos, entre más gente asista a uno, es sinónimo de la simplonería que se ejecuta sobre el escenario. Debemos escuchar la música de moda, el llamado del amor de los canta-autores analfabetas elevados al nivel de poetas, el eco contagioso de los sonidos del gusto popular. Canciones de amor, o mejor dicho, de esa aberración que se llama amor y se vende y se compra porque así el mercado lo ordena. Ese falso sentimiento que destruye las relaciones humanas en vez de hacer lo contrario, ¿por qué? Por estar

podrido de lugares comunes: lamentarse por la amada/o, por el infiel, por la relación terminada, y un sinfín de ideas propias del mundo unidimensional en el que vivimos, que gusta de alojarse en el sentimentalismo barato más excesivo y depravado que podría encontrarse.”

CANTOS DE SIRENA, GAC (GRUPO ANARCO COMUNISTA) 2012

Las redes sociales tienen como basamento el ciudadanía, porque de entrada son parte de la dinámica del consumo de mercancías que ofrece el mercado de la producción del ocio; y el ocio no es otra cosa que el tiempo [colonizado] que el capitalismo se ha encargado de parcelar. Es decir, lo que comúnmente se conoce como el “tiempo libre” no escapa a la lógica de la totalidad con la que el Capital domina el mundo. Siendo más precisos, tal concepto –el tiempo libre– no es más que una simple careta, la cual busca minimizar la dimensión catastrófica que se vive bajo el Capital desde su aparición, y tal dimensión real no es otra que la de constituir la esclavitud moderna. El tiempo libre, en realidad es una parte [inseparable] de la extensión de la jornada laboral, que por un lado, ayuda a la valorización del Capital permitiendo a los proletarios un consumo más variado de mercancías (cuando se descansa se

producen mercancías, puesto que todo consumo es producción y toda producción es consumo); y por otro, con el tiempo libre se dejan reposar momentáneamente los cuerpos y las masas cefálicas de quienes día tras día tienen que desempeñar con igual o mayor eficiencia, la producción de mercancías en los [odiados] centros de trabajo [tortura]. Pero... ¿por qué en la sociedad capitalista el “tiempo libre” es tan añorado?

La destrucción de la comunidad primitiva (donde la actividad humana estaba enfocada a la producción y reproducción de las necesidades de la vida en su totalidad, sin aspectos separados, sin distinción de espacios, pues la caza, la recolección, el juego, la contemplación y la expresión se fundían en un mismo conjunto del ser) trajo consigo el desarrollo de las civilizaciones (con sus sistemas de dominación), dando por último, el lugar para la instauración del

capitalismo a escala mundial. La concepción de mundo y de realidad que se nos hace acatar desde la cuna hasta la tumba, no es otra que la de la clase dominante; o vale exponerlo como lo citan en Cuadernos de Negación #6:

«La sociedad capitalista niega su propia historia, niega que ha conformado algo así como un mecanismo de pensamiento social basado y ofuscado bajo sus preceptos. Ocultando su nacimiento oculta su muerte, y ocultando su lógica oculta la necesidad de una nueva imaginación social.»

La burguesía siempre va remarcar que el trabajo, la explotación y su dominación, son eternos y hasta necesarios, nunca vacilará en emplear cualquier discurso o método que justifique su existencia. Y si decimos que el sistema capitalista es totalitario, es porque su fundamento histórico tiende a que en esta relación social de producción (basada en la acumulación en base a la ganancia) la vida es subsumida a cada aspecto de las relaciones sociales imperantes, a su lógica, la del dinero, la acumulación, la cosificación y el intercambio (puesto que esas categorías no son simples ideas, sino una fuerza social y material). No siempre el Estado emplea al ejército y la policía para imponer la sumisión; y cuando la religión de un Dios tampoco es suficiente para amoldar las mentes inquietas, es aquí donde entra el trabajo como método útil que retoma el embrutecimiento religioso, mezclándolo con la disciplina militar.

No hace falta detenernos en explicar cada uno de los aspectos que hacen del trabajo una cotidianidad de muerte. Bien se puede sintetizar ese punto, con la afirmación que expuso Marx en los manuscritos de 1844: *«Primeramente en que el trabajo es externo al trabajador, es decir, no pertenece a su ser; en que en su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por eso, el trabajador sólo se siente junto a sí mismo fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí mismo. Está en su casa cuando no trabaja y cuando trabaja no está en su casa. Su trabajo no es, así, voluntario, sino forzado, «trabajo*

forzado».

Por eso no es la satisfacción de una necesidad, sino solamente un medio para satisfacer las necesidades externas al trabajo. Su carácter extraño se evidencia claramente, en el hecho de que tan pronto como no existe una coacción física o de cualquier otro tipo se huye del trabajo como de la peste.» Por lo tanto el trabajo representa la parte medular del capitalismo y el proceso revolucionario debe batirlo junto a todos sus fundamentos (el valor, el cambio, la mercancía y las unidades autónomas de producción).

La repulsión natural que el proletariado siente hacia el trabajo (faltando a laborar con falsos justificantes, procurando llegar tarde, matando horas en el baño, extendiendo su receso, jugando o bromeando con sus compañeros, robando objetos de la oficina, etc.) es mermada con dosis ideológicas de endiosamiento hacia el trabajo (otorgándole un carácter de “dignificación”); ya sea para aminorar la dimensión catastrófica que posee como fuente de explotación y miseria universal, o abiertamente para convertirlo en el elemento del hombre ideal que todo idiota útil debe acuñar y defender.

Además no hay que olvidar que todo centro de trabajo engendra un ambiente donde impera la hostilidad y la tensión (delación, grupos de complicidad con el jefe, guardias de seguridad, etc.) Ese conjunto de hechos, llevan nuevamente a reafirmar en el proletariado su repudio hacia el trabajo. Sin embargo, una vasta mayoría de los proletarios, que continúan atrapados y sumidos en la dinámica de ciudadanos e individuos libres, contemplan la esclavitud asalariada como algo eterno, un destino que no pueden eludir; y por consiguiente la destrucción del capitalismo es impensable –y a veces hasta indeseable– (cuando de hecho, les es más posible, más viable, el advenimiento de un apocalipsis –de cualquier tipo– para el planeta en su totalidad).

Y mientras esperan sin reticencias una redención o un final catastrófico, se contentan con satisfacer sus frustraciones (a las que llaman deseos) en el lapso de tiempo que les deja a disposición el Capital. Pero la ficción del tiempo libre es una falsa esperanza del espectáculo bien montado; el tiempo libre está supeditado al dinero, pues ese tiempo que la burguesía asigna sólo puede ser realizado mediante la posesión de éste (y la única manera de obtenerlo –sin romper la legislación burguesa que amenaza

encarcelarnos— es trabajando asalariadamente). Carecer de dinero implica privarse de llevar a cabo cualquier actividad (desde trasladarse hasta adquirir un alimento del más bajo costo). No tener dinero nos excluye del intercambio de nuestras necesidades [convertidas ya en mercancías], en un mundo gobernado por el totalitarismo de la mercancía misma, del valor de cambio. Pero si se interioriza el rol de esclavo asalariado, el mercado ofrece opciones de cómo ocupar ese tiempo libre de forma variada, siempre dentro de los estándares que dicta la lógica ciudadana, es decir, en la permisividad que el Estado otorga y delimita, la cual no puede ser otra sino aquella que se desenvuelve en el espacio que apropia, beneficia y contribuye a la reproducción de la esfera mercantil, de la circulación del dinero. Edificios históricos, calles, avenidas, parques, plazas, foros de eventos, estadios, museos, cines e inclusive áreas naturales protegidas... están unidas por un hilo común: ser recintos para el espectáculo que sustenta falsas comunidades (clubes, grupos de amigos, compañeros escolares, equipos deportivos, subculturas, etc.) entrelazadas por intereses

mezquinos e individualistas. Cada ciudadano (idiota útil) puede regocijarse de estar representado por alguna mierda de identidad.

Las “comunidades” del Capital dan a elegir desde llevar una vida sedentaria o una vida como deportista, ser seguidor de los reality shows o pertenecer a un club literario, comer alimentos chatarra o comida orgánica saludable, pasar la noche en un antro o en un bar, pasear en bicicleta o en automóvil, hacer turismo nacional o extranjero, hacer ecoturismo o jugar videojuegos, asistir a un concierto de música rock, punk, metal, pop, salsa o de música folklórica, cultural, sinfónica; comprar ropa de marca o comprar prendas autóctonas elaboradas artesanalmente, ser seguidor de una serie de tv o de otra, ser de izquierda oderecha, ser hetero o gay... En fin, una extensa serie de opciones, en las cuales, la tecnología misma (en colaboración con las instituciones del Estado) tiene cabida para formar parte de esa gran familia ideológica que hará más cabal la enajenación y parcialización, estableciendo su ideal de diversidad y elevando la paz social a niveles tóxicos e insoportables de miseria ciudadana.

